

Ensayo

# JUAN JOSÉ BREMER

## Tiempos de guerra y paz

Los pilares de la diplomacia:  
de Westfalia a San Francisco



NUEVA  
EDICIÓN

DEBOLSILLO

SÍGUENOS EN

megustaleer



@Ebooks



@megustaleermex



@megustaleermex

| Penguin  
Random House  
Grupo Editorial |

## INTRODUCCIÓN

Sorprende, a quienes damos conferencias y cursos universitarios, la ignorancia de muchas generaciones jóvenes respecto de la historia. A veces, ésta es evocada apenas como una película de Cecil B. DeMille.

Cuando di un curso en Estados Unidos sobre la cultura de Iberoamérica, lo inicié con la filosofía griega, el Derecho romano, el tomismo medieval y el Renacimiento. Un grupo de estudiantes se acercó a preguntarme, “¿por qué nos lleva tan lejos?” Mi respuesta fue otra pregunta: “Para ustedes, ¿cuándo empieza la historia?”. La respuesta, a coro: “¡1776!”. Es decir, la historia empezaba con la Independencia Norteamericana.

El libro de Juan José Bremer viene, pues, a llenar una inmensa laguna. Obra de intención claramente pedagógica, recuerda la historia de la “modernidad” a través de cuatro tratados de paz: Westfalia (1648) que puso fin a la Guerra de Treinta Años; Viena (1815) que creyó ser la lápida de Bonaparte y sólo abrió las puertas a las revoluciones burguesas y nacionalistas del siglo XIX; culminando con la Paz de Versalles (1919) que quiso enmendar los errores del pasado inmediato y sólo anunció los del futuro. Y, finalmente, San Francisco (1945) que intentó establecer normas de convivencia y solución para los conflictos de nuestro tiempo.

Juan José Bremer, al estudiar cada uno de estos tratados, implica la historia que precedió y siguió a cada uno de

ellos. Ésta es, en efecto, una brillante historia de la modernidad. Que es nuestra modernidad sólo si la conocemos.

CARLOS FUENTES

## PRÓLOGO

*Con una madera torcida,  
como de la que está hecho el hombre,  
nada totalmente recto puede ser elaborado.*

IMMANUEL KANT

En este ensayo, analizo cuatro momentos de la historia moderna en los que, después de violentas confrontaciones, se establecieron nuevas reglas de convivencia internacional: la Paz de Westfalia de 1648, suscrita tras la Guerra de Treinta Años; el Congreso de Viena de 1815, que se llevó a cabo al finalizar las guerras napoleónicas; la Conferencia de Paz de 1919 en París, que se realizó después de la Primera Guerra Mundial y, finalmente, el periodo que define la creación del actual sistema internacional, el cual se inició al concluir la Segunda Guerra Mundial.

Siempre he pensado que la historia nos concierne a todos, no sólo a los historiadores. Sus temas nos afectan, quizá como nunca antes. Por esta razón, estoy convencido de que una visión de los momentos cruciales del pasado nos ofrece útiles referencias para nuestros días, pues el gran tema de nuestro tiempo es la falta de gobernabilidad internacional.

Aunque mi primera intención fue concentrarme en los procesos de paz, pronto me di cuenta de que no eran comprensibles por sí mismos, había que situarlos en su contexto: es necesario entender los motivos de la guerra para comprender la trama de la paz. Esto me llevó a las ideas motrices y a las contradicciones de cada época. Entonces

se abrió un horizonte muy amplio y acepté el reto de presentar una visión resumida de algunos acontecimientos sumamente complejos. Lo escribí, como señala Eric Hobsbawm, “desde la perspectiva de un observador que participa o [de] un viajero con los ojos abiertos”.<sup>1</sup>

No hubiera acometido esta empresa de no haber vivido en países que participaron en todos o en algunos de estos acontecimientos: Alemania, Suecia, Rusia, España, Estados Unidos y Gran Bretaña. Gracias a esto pude ampliar mi perspectiva, pues muchos de los episodios a los que me refiero en este libro siguen vivos en las discusiones públicas o forman parte de la memoria colectiva de estas naciones.

Este libro es un esfuerzo de divulgación y, por ello, deja muchos caminos sin recorrer. Sin embargo, el lector interesado en profundizar en alguno de los episodios podrá recurrir a las notas y a las sugerencias bibliográficas. No es éste un trabajo original en el campo de la investigación, aunque con frecuencia acudí a las fuentes originales. Las fuentes secundarias y los autores que elegí para analizar cada uno de los periodos tienen autoridad establecida y ofrecen al lector distintas perspectivas. Esta selección —evidentemente— es una decisión personal,<sup>2</sup> pues en cada momento de la escritura se presentaron dilemas: ¿Qué tanta información debía incluirse sin perder el hilo conductor? ¿Hasta qué punto los detalles iluminan el conjunto? Ante estas interrogantes, opté por seguir el viejo consejo: “la virtud se encuentra entre los extremos”.

Este recorrido histórico no termina en conclusiones fáciles. Su intención es mostrar más que demostrar; poner a disposición del lector experiencias cruciales al borde del precipicio, los momentos de definición en los cuales se alcanzó lo que era posible, aunque no se logró lo que era deseable.

La Guerra de Treinta Años, las guerras napoleónicas —al igual que la primera y la segunda guerras mundiales— ocu-

rrieron en contextos históricos distintos, pero tienen en común algunos rasgos significativos:

1. No fueron guerras locales: los primeros dos casos involucraron a los poderes de sus respectivas épocas, en su ámbito regional, mientras que los dos últimos tuvieron un efecto global.
2. Estos enfrentamientos tuvieron efectos en lugares que estaban más allá de los campos de batalla. La Guerra de Treinta Años y las guerras napoleónicas tuvieron consecuencias allende el continente europeo y las dos grandes guerras dieron paso a un nuevo periodo de la mundialización de la política y la economía.
3. Asimismo, estos conflictos coincidieron con periodos de transición y su estallido provocó grandes transformaciones de las ideas, las instituciones y la vida social.

Cada uno de estos episodios contiene los ingredientes del drama y la gran literatura con los cuales se cocina la Historia. Participan en ellos las instituciones de la época (monarquías, parlamentos, grupos de presión), los actores individuales (soberanos, estadistas, jefes militares y diplomáticos) y los intereses que representaban. En todos estos casos, la diplomacia buscó avanzar, en las ideas y los intereses, a través de los hombres.

El factor personal detrás de las decisiones del poder es de una dimensión imprescindible y, a lo largo de las siguientes páginas, he buscado dar a este factor el lugar que le corresponde. Además, en los momentos de crisis se enfatiza el arbitrio individual y los estadistas sobresalen durante las guerras y en la negociación de la paz. Por esta razón, en cada capítulo incluí las semblanzas de los personajes más importantes. En medio de fuerzas e inercias poderosas, sus acciones y omisiones no sólo marcaron las pautas, sino que determinaron el curso de los acontecimientos.

Todos estos sucesos han sido analizados en profundidad por los especialistas, pero no abundan los ejercicios de comparación, como el que se plantea este libro. Los hechos y sus protagonistas siguen siendo objeto de discusión y las interpretaciones sobre los motivos de la guerra y la paz dependen del color del cristal con el que se miran. La polémica sigue abierta porque todas las versiones históricas son, en alguna medida, una distorsión. Esto es aún más evidente cuando la historia se ocupa de momentos cruciales en los cuales la realidad se transforma debido a la mirada de un observador que inexorablemente está involucrado. Por ello, en los casos que lo ameritan, he buscado ofrecer al lector diversas perspectivas y una visión del contexto en el cual ocurrieron estos episodios.

Así, por la distancia que nos separa de ella, en el capítulo dedicado a la Guerra de Treinta Años y a la Paz de Westfalia, presento una introducción a la época; mientras que, al finalizar el análisis del Congreso de Viena, muestro una panorámica del siglo XIX y sus corrientes revolucionarias. Por otra parte, en las páginas dedicadas a la primera gran guerra y a la Paz de París, marco el énfasis en la terrible fuerza de las armas y el fracaso de la política de pacificación que no atendió los problemas que, más tarde, condujeron a un conflicto de mayores proporciones.

Las dos décadas que siguieron a la Primera Guerra Mundial son muy significativas. Las profundas frustraciones sociales y la falta de respuestas oportunas provocaron la emergencia del fascismo y el nazismo. Por esta causa, he incluido un apartado especial, un vestíbulo que nos conduce a la Segunda Guerra Mundial, para después resumir los eventos bélicos que se reflejaron en la posguerra y el extraordinario trabajo diplomático que se llevó a cabo en medio de las batallas y que preparó las negociaciones de paz.

El último capítulo está dedicado a la gestación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), historia poco co-

nocida y una de las más interesantes que ofrece el siglo xx a los estudiosos de la política internacional.

Este ensayo cierra con breves reflexiones que dejan abierto el horizonte para que el lector construya sus interpretaciones. Así, *Tiempos de guerra y paz* es una mirada retrospectiva que nos ofrece un espejo olvidado pero no distante.

Tras el colapso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), la incorporación de la gran mayoría de los países comunistas al sistema capitalista aceleró las tendencias de globalización. Estos hechos ocurrieron de una manera abrupta, desordenada, y aún estamos digiriendo sus consecuencias. Por su parte, la crisis económica de 2008 puso a la vista de todos las consecuencias de la falta de gobernabilidad y transparencia del sistema económico. Aunque las comparaciones con la gran recesión de 1929 son equívocas —las causas y el contexto de ambas crisis son distintos—, su fuerza desestabilizadora se ha proyectado a escala mundial. La euforia que provocó el fin de la Guerra Fría ha sido reemplazada por la incertidumbre, justo como sucedió hace cien años al cerrarse la *Belle Époque*.

Como en Westfalia, Viena, Versalles y San Francisco, estamos a la espera de una refundación internacional, así que la pregunta no se hace esperar: ¿qué factores hicieron posible la construcción de un nuevo orden después de una gran catástrofe?

Aunque no existe una respuesta simple —pues cada momento es un microcosmos y en él confluyen circunstancias únicas e irrepetibles—, creo que una experiencia límite, como una guerra a gran escala, puede crear un sentido de urgencia capaz de promover una mayor movilización. Esto no sucedió en 1919, porque los desafíos superaron a las capacidades de los líderes políticos y a las condiciones del momento. En cambio, y a pesar de los obstáculos, en 1945

se abrió el camino para la creación de la ONU y el sistema económico que surgió luego de la Conferencia de Bretton Woods.

Después de analizar los episodios recogidos en este libro, estoy convencido de que el oficio político y un pragmatismo ilustrado son los ingredientes que requerimos para encauzar los intereses egoístas de las naciones, poner al día a las instituciones internacionales y crear un multilateralismo que funcione.

En el caso de la Paz de Westfalia y en el proceso de paz que cerró la Segunda Guerra Mundial, no sólo cesaron las hostilidades, sino que también se crearon las bases para un nuevo orden de convivencia. Un esfuerzo similar que amplíe el campo de lo posible es lo que necesita nuestro atribulado tiempo.

## CAPÍTULO I LA PAZ DE WESTFALIA

La Paz de Westfalia es como una catedral de la que muchos hablan y pocos visitan. Por ello, considero que la mejor manera para acercarnos y comprender la complejidad y la trascendencia de ese proceso de pacificación es adentrándonos en la guerra que le precedió y en la época en que se pactó.

La Guerra de Treinta Años ha sido explorada por centenares de historiadores. Existen cerca de cuatro mil títulos sobre la Paz de Westfalia y, como Peter Wilson señala, "cubrir todos sus aspectos requiere el conocimiento de por lo menos 14 lenguajes europeos y muchas vidas dedicadas a la investigación".<sup>1</sup> Extraviarse en ese laberinto no ilumina el panorama, así que he escogido una ruta distinta: aprovechar las crónicas consagradas y recoger los debates que han resistido el paso del tiempo, combinando la visión de los historiadores con la de los juristas e internacionalistas que nos ofrecen una perspectiva sobre las consecuencias del proceso de paz.

En el siglo XVII, alcanzaron un mayor grado de evolución tendencias que habían estado en gestación en las ciencias, las artes, la política y la filosofía. En la ruptura del orden establecido por un conflicto tan prolongado, estas fuerzas encontraron posibilidades de crecer y expresarse con mayor fuerza. Durante las décadas siguientes, estas nuevas tendencias se harán más evidentes en el desarrollo del conoci-

miento y en la transformación de los hábitos de vida. La Guerra de Treinta Años y la Paz de Westfalia deben verse en el contexto de este proceso de crecimiento y contradicción.

## LOS PROGRESOS DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

El surgimiento de los Estados europeos estuvo asociado al destino de las casas reales. Después de un largo periodo de luchas por las prerrogativas medievales de los barones, a mediados del siglo XVI, “lo que asombra es el crecimiento del poder monárquico”, un regreso al centralismo político que dio paso a los Estados nacionales. “Con Luis XI en Francia, Enrique VIII en Inglaterra y Fernando e Isabel en España, los nobles alcanzan una fuerza y un prestigio que nunca poseyeron, y que se desarrollará con sus sucesores”.<sup>2</sup>

El Estado dinástico era la forma de organización política de los protagonistas europeos, sus gobernantes concebían a sus Estados como su herencia y propiedad personal. Esta concepción patrimonialista influía en la definición de sus designios políticos, tanto en la guerra como en la paz.

A pesar de los éxitos de las casas reales, la columna vertebral de su autoridad —el derecho divino como sustento de la monarquía absoluta— estaba siendo atacada desde dos frentes: la reforma religiosa y el desarrollo científico. No olvidemos que en el mundo medieval, el orden del universo se proyectaba en la vida social:

El sol giraba alrededor de la tierra y con él, jerárquicamente ordenados, giraban las esferas, los planetas y las estrellas. Había en el universo un orden de los elementos, un orden de los coros angelicales y, sobre la tierra, el correspondiente orden de las condiciones. Había señores y vasallos de los vasallos. El poder real provenía de Dios y todo el poder sobre la tierra no era más que un reflejo.<sup>3</sup>

Este orden que parecía inamovible fue sacudido en sus fundamentos por los avances del conocimiento. El descubrimiento de Nicolás Copérnico<sup>4</sup> no sólo “describía los principales fenómenos astronómicos conocidos, de manera más

simple", sino vendría a ejercer un impacto que se proyectó en la literatura y en la política. Seis décadas más tarde Shakespeare recoge este tema en *Ricardo II*: la tragedia del destronamiento, pero no solamente del destronamiento de Ricardo, sino del destronamiento del rey, de la idea del poder real [...] En los primeros actos el rey es comparado con el sol; cegaba como éste, y había que bajar los ojos estando cerca de Su Majestad. Luego, el sol cayó al abismo y, junto con él, todo el orden del universo.<sup>5</sup>

Afuera del escenario, en el gran teatro del mundo, estaba sucediendo lo mismo. Las luchas del siglo XVI entre católicos y protestantes, y las persecuciones desatadas por los monarcas generaron una literatura con fundamento teológico que puso en duda la legitimidad de la autoridad del rey y llegó a plantear la legitimidad del tiranicidio. En España, con el padre de Mariana y con la contribución de los teólogos ingleses opuestos a María Tudor, se desarrolló este nuevo y temerario pensamiento político: "el monarca puede ser sujeto a juicio y a las sanciones más severas como al común de los hombres". Éste es el antecedente del derecho a la revolución.

En los siglos XVI y XVII se configuró un pensamiento preliberal a partir de diversas vertientes: el conflicto medieval entre los señores feudales y el monarca, y la incorporación a esta lucha de las ciudades y las comunidades. En los países políticamente más avanzados, como Inglaterra, este proceso condujo a la transformación de las asambleas o estados generales, en una vida parlamentaria institucionalizada.

Inglaterra fue la primera comunidad política organizada a través de una teoría explícita y la práctica de la representación.<sup>6</sup> La cruenta disputa entre la monarquía y el parlamento sobre la naturaleza del buen gobierno y el estallido de la guerra civil produjeron una nueva conciencia política. Sin embargo, esta transformación se dio a espaldas del res-

to de Europa. Mientras la Guerra de Treinta Años sucede en el corazón del continente europeo, al norte del Canal de la Mancha, la revolución de Cromwell triunfa en Londres y, en 1648, el mismo año en que se firma la Paz de Westfalia, tiene lugar el primer “juicio público que desemboca en una sentencia de ejecución de un monarca”. Carlos I no muere asesinado en la oscuridad, es ejecutado ante la presencia de una multitud.

Los agudos conflictos de poder se reflejaron en el pensamiento político que dio un notable salto a comienzos del siglo XVI con la obra de Nicolás Maquiavelo: el término Estado (*lo stato*) comenzó a utilizarse. En 1576, la publicación de los *Seis libros sobre el Estado*, de Juan Bodino, continuó abonando esta evolución, particularmente con sus ideas de un gobierno fuerte que hiciera posible la seguridad y bienestar de los ciudadanos, y su concepto de la soberanía como “el poder absoluto y perpetuo del Estado”.<sup>7</sup> En los tiempos de Westfalia, Thomas Hobbes ocupó un lugar tan importante como el que tuvieron estos dos pensadores y, en 1651, publicó *Leviatán*, en donde explora con un enfoque moderno muchos de los temas centrales de la teoría del Estado y el concepto de soberanía.

Si bien las estructuras tradicionales de poder en Francia, España y el Sacro Imperio Romano Germánico aún no estaban capacitadas para lidiar con estos cambios, Europa se hacía más urbana y menos rural. El tejido social se alteraba por la creación de nuevas formas de riqueza y la emergencia de nuevos grupos sociales. Comerciantes y banqueros, habitantes de los puertos, de las medianas ciudades, de los centros de las ferias y de las aduanas en las vías pluviales y terrestres fueron imponiendo sus hábitos de vida y formas de pensar.

Las nuevas demandas de derechos políticos en un principio fueron reprimidas, pero —en las regiones más tolerantes— los cambios se abrieron paso y coexistieron con el